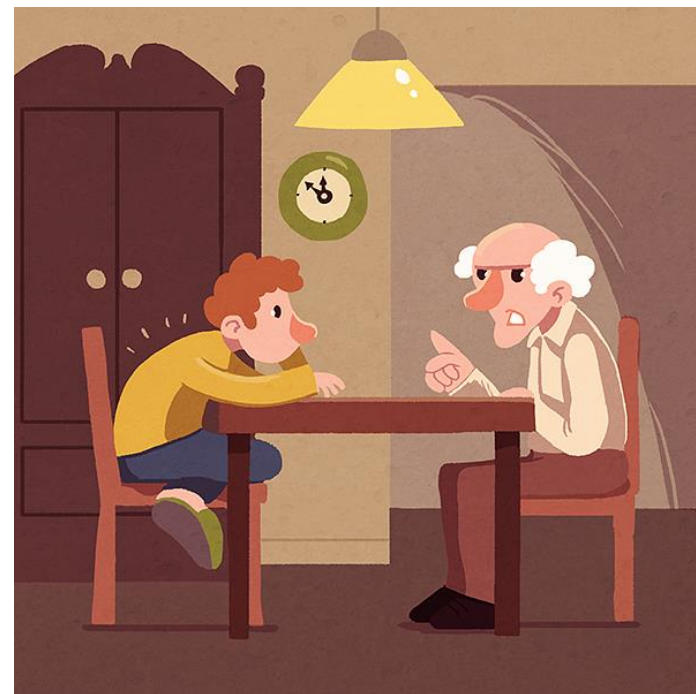


# Abuelo, ¿por qué tienes la espalda tan torcida?



**Texto:** Mireia Vidal

**Ilustraciones:** Estudio Nimau.  
Ilustración infantil y juvenil.

**A**quell mañana, Miguel estaba nervioso. Lo habían levantado temprano porque tenían que ir a la estación de tren a recibir al abuelo. En casa, hacía tantos días que hablaban de ello, que Miguel apenas había podido dormir y ahora tenía sueño.

—Tápate la boca cuando bosteces— le repetía su madre.

Pero el hecho es que ella sí estaba nerviosa. Desde que se había ido de su país, que no había visto a su padre. Y de eso ya hacía ocho años.

Miguel había oído muchas historias del abuelo. Tanto hablaban de él, que Miguel se lo imaginaba un hombre grande, fuerte y valiente... Pero cuando el tren llegó y lo vio bajar, se llevó una gran sorpresa.



Su abuelo resultó ser un hombrecillo pequeño y bizco, con la espalda torcida, que caminaba despacio con la cabeza siempre mirando abajo.

— Da un poco de miedo — susurró Miguel. Y cuando se acercó a abrazarlo tal y como le indicaba su madre, sintió como el hombre soltaba un gemido de dolor. "Ay"

¿Qué le debe pasar?, se preguntaba Miguel al que no le gustaba mucho estar con su abuelo. Y es que hiciera lo que hiciera, siempre refunfuñaba porque le dolía aquí o allá, y tenía la espalda tan retorcida que parecía que en cualquier momento podría romperse.

Pero había algo que sí le gustaba. Eran sus canciones. Y las cantaba tan bien, que poco a poco Miguel se fue acercando.

— ¿Por qué no salimos a cantar al jardín?—le preguntó un día el chico al que no le gustaba nada estar en casa.

— Porque necesito sentarme entre estos cojines—contestó el abuelo.

Y Miguel, que no entendía de dónde le venían tantos males, se atrevió a preguntar.

— Abuelo, ¿Por qué tienes la espalda tan torcida?

—Es de cargar haces de leña y arrastrar sacos de maíz. — contestó el abuelo.

— ¿Y Por qué te duele siempre tanto?—insistió.

— Ay...- Se lamentó.- Porque nunca pensé que me pudiera doler. No la cuidé y la he hecho trabajar de cualquier manera sin pensar en lo que me podría pasar.

Y dicho esto, el abuelo pidió a Miguel que le llevara otra almohada, para encajárselo entre los riñones.

Un buen día, Miguel se llevó una sorpresa cuando vio a su abuelo esperándolo a la salida de la escuela. Primero se avergonzó al pensar que sus amigos podían reírse de un viejecito tan desaliñado, pero... ¡qué demonios!, era su abuelo y estaba contento de que le hubiera ido a recoger.

De un revuelo corrió hacia él y lo abrazó flojito para no hacerle daño.

— Tu madre dice que tiene trabajo—dijo el abuelo—¿Quieres que vayamos a merendar?

Por supuesto que quería. Los dos empezaron a andar poco a poco, cuando el abuelo se fijó en algo que le llamó la atención.

— ¿Dónde vas tan cargado?—preguntó mirando la mochila que Miguel llevaba colgando del hombro derecho. —No la puedes llevar de esta manera.

—Da igual—respondió Miguel—Ya estoy acostumbrado.

—Pues no deberías estarlo—añadió el abuelo. —Tienes que aprender a cuidarte la espalda. Procura no llevar los libros que no necesitas y cuélgate siempre las dos asas para repartir bien el peso. Una en cada brazo.

Miguel obedeció poco convencido, y pidió a su abuelo que le llevara a la granja de la señora Remedios a comer churros. Ambos fueron, pero cuando se sentaron, el abuelo se fijó en otra cosa que le preocupó.

—¿Por qué te sientas con las piernas dobladas bajo el culo? Tienes que hacerlo bien. Con el hombro bien atrás, y los pies en el suelo, como un cuatro.

Miguel volvió a obedecer, pero no le gustaba mucho que su abuelo le repitiera todo el rato cómo tenía que hacer las cosas. Total, tampoco era tan importante.

Por la noche, su madre aún no había vuelto y Miguel y el abuelo tuvieron que preparar la cena. El abuelo decidió hacer un plato de aquellos de su país e iba pidiendo ingredientes a su nieto.



—¡¡¡Así No !!!—Gritó el abuelo escandalizado cuando vio cómo Miguel se agachaba para coger una bolsa de patatas. —Para agacharte debes hacerlo doblando las dos rodillas, y luego tienes que acercarte lo que has cogido, a tu cuerpo. Entonces pesa menos y no te lastimarás.

Pero Miguel ya estaba harto de tantos consejos.

— Abuelo, todo esto son tonterías. —Dijo refunfuñando.—A mí nunca me ha dolido la espalda y así voy más rápido. No puedo estar todo el tiempo pensando en cómo lo hago.

—Pues deberías hacerlo dijo el abuelo triste. — A mí nadie me lo contó y ahora lamento cada tronco, cada saco y cada piedra que cogí pensando que nada podía pasar. Nuestros huesos nos aguantan, pero también hay que saber cuidarlos. Si lo haces ahora que eres pequeño, crecerás derecho y firme. Y así no tendrás que esperar ocho años, a encontrarte mejor, para poder subir a un tren y hacer un largo viaje que te permita conocer a tu nieto.

De repente Miguel entendió que el abuelo tenía razón. Su dolor de espalda le había impedido venir a verlo antes y entonces supo lo importante que era.

Agachándose de nuevo con cuidado, Miguel cogió correctamente la bolsa de patatas y abuelo y nieto continuaron cocinando. Enseguida toda la casa comenzó a oler muy bien a sopa de azúcar y cebolla, y observando aquél abuelo bizco que había aprendido demasiado tarde cómo tenía que cuidarse, Miguel sonrió agradecido y ambos empezaron a cantar.

# Fin



## *La guia de la salut i el benestar per als teus fills*



**Els contes de l'àvia** és un recopilació de contes que l'Observatori de la Infància i l'Adolescència FAROS ofereix a la seva plataforma digital (<http://faros.hsjdbcn.org/>) per fomentar la lectura i difondre valors i hàbits saludables en la població infantil.

FAROS és un projecte impulsat per l'Hospital Sant Joan de Déu amb l'objectiu de promoure la salut infantil i difondre coneixements de qualitat i d'actualitat en aquest àmbit.



HOSPITAL MATERNOINFANTIL - UNIVERSITAT DE BARCELONA